

# He visto a gente morir

*Como médico de urgencias, el autor sabía que tenía que convivir con la muerte. Sin embargo, los incidentes más inquietantes que ha presenciado ocurrieron fuera del servicio de urgencias donde trabajaba.*

Por Steve R. Edelstein

La vida que llevamos como médicos es extraña, al tener que convivir de cerca con personas muertas o moribundas. Por una parte, es algo parecido a alistarse como soldado o trabajar como empleado en pompas fúnebres. Nuestro miedo natural a la muerte disminuye cada vez que practicamos una resucitación en otro paciente de 95 años, atendido mediante servicio de enfermería en su propia casa, que acude al servicio de urgencias, y sin documento de resucitación válido. Y, aún así, hay casos relacionados con la muerte que me hacen temerla de nuevo.

Trabajé durante tres años en el servicio de urgencias de Arroyo Grande, en la costa central de California. En esta privilegiada zona, incluso desplazarse hasta el trabajo es un placer. Hay un tramo en la autopista, cerca de Pismo Beach, por donde paso muchas veces cada semana. De camino hacia mi turno de noche, he podido contemplar en muchas ocasiones la puesta de sol en el Pacífico.

Iba conduciendo un día por esa autopista cuando un accidente detuvo el tráfico. Me bajé de mi coche para ofrecer ayuda al personal de urgencias. Había tres ambulancias, un destacamento de bomberos y varios agentes de policía en el lugar del accidente. Un coche había cruzado la mediana de la autopista y había provocado un pequeño embotellamiento. Un hombre mayor que



se hallaba en el interior de un vehículo estaba muerto, aparentemente por un fortísimo golpe en la nuca o en la cabeza. Una mujer que iba en un segundo vehículo estaba tendida en el pavimento de la autopista, rodeada por las primeras personas que habían salido de sus coches. Parecía una mujer de unos 45 años y estaba agonizando, quejándose de dolor en la parte derecha del tórax y de que no podía respirar. Con la ayuda de mi estetoscopio, pude escuchar cómo disminuía el ruido de su pulmón en un lado, pero no había estertores, ni asincronización ventilatoria ni evidencia de herida penetrante. La presión sanguínea y los niveles de oxígeno eran normales, y no tenía a simple vista desviación traqueal. El personal de urgencias le suministró más oxígeno y le puso un collarín. Les ayudé a trasladarla a una camilla. Con un teléfono móvil que tomé prestado, llamé al hospital y le dije a mi compañero que sospechaba que tenía un neumotórax, y que llegaría tarde para cumplir con mi turno.

Mientras miraba cómo le suministraban morfina y la metían en la ambulancia, recordé que había un tercer coche implicado en el accidente. En él viajaba una familia latinoamericana y todos sus miembros estaban de pie en la cuneta de la autopista. Muchos de ellos lloraban; uno estaba hablando con un agente de policía. Nadie parecía estar herido, pero eché un vistazo alrededor y vi el cuerpo de una niña de 6 ó 7 años tendido

en la mediana. Estaba seguro de que alguien la había atendido antes de que yo llegara, pero no había nadie a su lado en este momento. Estaba allí estirada, desprotegida sobre la hierba, con los ojos abiertos mirando hacia el cielo del atardecer. Tenía la piel oscura y el pelo largo también oscuro. Un médico me dijo que no llevaba puesto el cinturón de seguridad, viajaba en el asiento trasero del tercer coche, y que resultó proyectada hacia delante debido al impacto. No presentaba signos vitales cuando llegaron las ambulancias y no respondió a la resucitación que se le practicó. Me pidió que me pronunciara al respecto.

De rodillas en la mediana de la carretera, con su familia mirando desde la cuneta de la autopista, comprendí que era una de las cosas más difíciles que jamás había tenido que hacer. A primera vista, la niña no parecía tener herida alguna. Entonces pensé que no podía hacer nada más, que había estado allí estirada durante veinte minutos y que la posibilidad de que reaccionara era muy pequeña. Debía cerrarle los ojos, y no me acordé. Le pregunté al médico si tenía una sábana para cubrirla. Empecé a encontrarme mal del estómago, volví donde estaba mi coche y conduje hasta llegar al trabajo.

### **Un accidente espantoso y dos médicos paralizados**

Hace unos años me trasladé lejos, al sur, para trabajar con un grupo que había contratado un pequeño hospital en Santa Inés. Era un hospital realmente pequeño, con cuatro boxes de urgencias, y una o dos veces al mes me tocaba viajar 24 horas en coche. Para llegar allí, conducía en dirección oeste por una autovía de dos carriles, que pasaba por el Paso de San Marcos y por un área de recreo, el lago Cachuma, en la zona interior del condado. Volviendo de allí, una vez atravesado el mencionado paso, se abrió ante mis ojos el océano, que cada vez que lo observaba me hacía respirar profundamente.

Un día conducía hacia mi casa, cuando de nuevo me encontré con un accidente, esta vez entre un coche y un camión, en una de las empinadas curvas de la autovía. Al mismo tiempo que yo, llegó un coche de policía y empezaron a señalizar y cortar la carretera. Un hombre que conducía otro coche, salió de éste inmediatamente y fue la única otra persona que hubo en el escenario. Fuimos juntos para ver si podíamos ayudar. El conductor del camión estaba bien, al igual que el vehículo, pero el capó del otro automóvil estaba todo abollado. Miramos en el asiento delantero. Un adolescente que tenía algunos arañazos y golpes estaba sentado

en el asiento de al lado del conductor. Un hombre estaba sentado a su lado, en el asiento del conductor, atrapado por el volante. Estaba consciente y no parecía estar herido, aparte de haber sido zarandeado. En el asiento trasero, en el lado del conductor había una mujer mayor, que supuse que era la abuela del adolescente.

*« Últimamente pienso que la Medicina es una cuestión de fe en tener suerte, en llegar a tiempo y en la esperanza de que nuestras habilidades básicas no van a fallarnos cuando nos enfrentemos a escenarios horripilantes »*

Estaba viva, respiraba, pero la totalidad del lado izquierdo de su cara había desaparecido.

El hombre del otro vehículo y yo le movimos la cabeza con curiosidad morbosa. El ojo derecho de la mujer estaba abierto y miraba hacia adelante, pero había perdido el ojo izquierdo, junto con gran parte de su nariz, su mejilla izquierda y parte de su mandíbula. Sólo conservaba los huesos, el tejido adiposo y la sangre, acentuando un material de color rosa grisáceo, que debía ser parte del tejido cerebral. Respiraba muy rápido, pero al menos parecía estar consciente, por el poco tiempo de vida que parecía quedarle.

Hacía siete años que era médico de urgencias y pensaba que ya no había nada que pudiera sorprenderme. Todavía me veo allí, de pie, paralizado. El señor del otro coche, que era mayor que yo, realizó una especie de intento de reanimación cardiopulmonar para mantener abiertas las vías respiratorias de la mujer. Pedimos a los pasajeros del asiento delantero que permanecieran allí mientras esperábamos a que llegara una ambulancia. Cuando llegaron los médicos y se situaron al lado del coche, la respiración de la mujer era errática. Realizó una o dos respiraciones profundas y se acabó. Nosotros dos nos mantuvimos en silencio, viendo cómo moría. No estoy seguro de que los pasajeros del asiento delantero se enteraran de lo que había pasado.

Estaba cansado. Había pasado toda la noche atendiendo a pacientes, y me hallaba en un estado somnoliento, casi surrealista, mientras miraba cómo los profesionales de urgencias sacaban a los pasajeros de delante y el cadáver. Una de ellas evacuó al hombre y al adolescente. Por suerte, otra ambulancia se llevó el cuerpo de la mujer. No había ya demasiado que hacer.

El otro hombre se marchó. Yo volví a meterme en mi coche y me dirigí a casa, con la visión del océano bordeando la línea de la costa en la distancia, perplejo por el contraste entre la belleza que me rodeaba y la horrible muerte que acababa de presenciar.

### **Un refrescante chapuzón y un pulso con la muerte**

Un tercer caso tuvo lugar este verano. Mi mujer y yo estábamos buscando casa para vivir cerca del hospital en el que ahora trabajaba, en Chicago. Íbamos en coche bordeando el lago Michigan en el mes de julio, y decidimos detenernos en una de las playas que aparecen aquí y allá, en los suburbios de la costa norte. Mientras caminábamos por la arena, vimos a un grupo de personas cerca de la orilla, arrastrando hacia la playa a un hombre inconsciente.

El hombre era un afroamericano de unos 35 años y no respiraba. El grupo lo dejó tendido en la arena boca abajo, y empezaron a darle apretones en la espalda, tratando de forzar sus pulmones para que el agua saliera de ellos. Uno de los rescatadores dirigía a los demás, diciendo que debían darle la vuelta, de modo que su espalda quedara en contacto con la arena. La mujer trató de practicarle la reanimación mediante el boca a boca. Cuando yo llegué junto a la víctima, me puse de rodillas a su lado y le comprobé el pulso. Era fuerte y regular, así que le pregunté a otro de los chicos si quería ayudar llamando a una ambulancia. Tras un par de respiraciones, el hombre expulsó algo de agua. Tras unas cuantas maniobras más, empezó a respirar espontáneamente, a pesar de que no se incorporaba del suelo. Continuó expulsando agua, de modo que le giramos sobre uno de sus costados para facilitar que su boca siguiera escupiendo agua, tratando de mantener su cuello tan recto como nos fue posible, hasta que llegó una ambulancia. No sé cómo sucedió todo, pero desde que comprobé que tenía pulso, sentí un prudente optimismo sobre que el hombre saliera adelante, ya que no tenía el cuello roto cuando terminó de escupir agua.

Últimamente pienso que la medicina es una cuestión de fe. No necesariamente fe religiosa, o fe en las modernas técnicas o medicamentos, o incluso fe en los profesionales médicos. Al fin y al cabo, es fe en tener suerte, en llegar a tiempo y en la esperanza de que unas cuantas habilidades básicas no van a faltarnos cuando nos enfrentamos a escenarios horripilantes o incluso extravagantes. Tanto si los casos se producen en la unidad de urgencias, donde se espera que lleguen, como si es en la cuneta de una carretera, nos sirven de recordatorio de que nuestros cuerpos contienen únicamente frágiles hilos de vida, que sólo necesitan un accidente de tráfico o una inmersión sin precaución alguna para que esa vida se extinga. ■